

Cahiers Caribéens d'Égyptologie

N^{os} 19-20

2015



Les  Ankhou

Algunas observaciones sobre la realeza y las elites en los comienzos del período ramésida¹

Belen CASTRO

I. Introducción. El vínculo entre los grupos de elite y la realeza faraónica a lo largo de la historia egipcia ha sido intenso y complejo. El hecho de su continuidad, aún con tensiones, ha llevado en los años '80 a la afirmación por parte del egiptólogo Klaus Baer de que Egipto habría sido gobernado durante toda su existencia, no por una monarquía centralizadora y divina, sino por un reducido número de familias importantes². El modo que asume la relación entre las elites y la realeza en la sociedad egipcia ha intentado ser descrito a través de esquemas de organización de la sociedad en general que incluyen una estructura de tipo piramidal, una organización del gobierno en red (O'Connor 1985 [1983]: 24,262), o la consideración sobre la existencia de esferas autosuficientes y superpuestas (Cruz Uribe 1994). La pregunta más general sobre la composición de la sociedad egipcia y su dinámica en el funcionamiento estrictamente social, y también político, es la que atraviesa la comprensión de este fenómeno. A la vez, el problema de la construcción del poder y sus modos de legitimación se impone como eje fundamental en la discusión.

¹ Las principales conclusiones de este trabajo fueron presentadas en forma de ponencia en las *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia* realizadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo en octubre de 2013.

² La afirmación de Baer es recuperada por Cruz Uribe (1994) como comentario de una clase.

En este trabajo nos proponemos reflexionar sobre estos interrogantes, apuntando algunas perspectivas posibles para su análisis en los comienzos de la dinastía XIX.

II. Observaciones sobre la sociedad egipcia.

El primer paso para abordar el problema de la relación entre las elites y la realeza durante la dinastía XIX consiste en considerar el modo de estructuración de la sociedad egipcia. En principio, se distinguen dos divisiones fundamentales: una vertical -vinculada a las diferentes profesiones-, y una horizontal -relacionada con la diversidad socioeconómica- (O'Connor 1985 [1983]: 242). De modo general, para esta última se ha planteado su organización en una forma semejante a una pirámide (O'Connor 1985 [1983]: 244), en la que se destaca el rey en la cima, y por debajo del cual se encuentra una elite, compuesta por la familia real y los funcionarios de gobierno de mayor rango. Este sector goza de un status elevado y considerables beneficios económicos. O'Connor incluye en este grupo a la nobleza provincial, que se basa también en el servicio al gobierno. Por debajo de esta elite el autor identifica una clase media, compuesta por burócratas menores, sacerdotes, oficiales militares, ricos agricultores y artesanos, a la que califica de bastante homogénea. Por último, distingue una amplia clase baja, con diversidad de profesiones, ingresos y calidad de vida.

Este esquema de organización social dispuesto en forma de pirámide, aún cuando pretende ser específico para el Imperio Nuevo, adolece de cierto grado de generalización y asignación de cualidades vagas a cada estrato, incluido el superior en el que estamos interesados. Es real, sin embargo, que da cuenta del nivel de desigualdad y exclusión que exhibía la sociedad egipcia (Alonso García 2007: 23; Baines 1990: 1), así como del lugar central que ocupa el rey y la estructuración de posiciones en función de la relación que con él se mantenga (Rice 2002 [1999]: liii; Froot 2010: 476). Si consideramos en cambio una representación más dinámica de esta sociedad, podemos atender a la idea de

Cruz Uribe (1994) sobre las esferas de influencia, con la que asume que el poder no es algo estático en la historia egipcia, y atiende asimismo a los roles de las familias principales o nobles. Con estas nociones el autor reflexiona globalmente sobre los diferentes períodos históricos del Egipto antiguo.

Entendemos que un concepto tal, que acepta el funcionamiento dinámico del poder, permite circular por diferentes momentos históricos, y habilita a la vez pensar en la pluralidad de familias que constituyen la elite, transformando así a la categoría al plural elites (por caso provinciales, militares, sacerdotales). Esto, por su parte, permitiría complejizar la reflexión sobre su relación con la realeza.

De modo general, es reconocido el hecho de que la base de la elite como totalidad³ es la riqueza material, que permite definirla como el grupo de población no productora de bienes y sostenida por un excedente (Richards 2005: 16). Asimismo, si reconocemos que la posesión material genera poder y que las relaciones de poder articulan sociedades o estados, entramos en el terreno de la reflexión sobre cómo se construyen estas relaciones de poder, se mantienen, legitiman y refuerzan (Frood 2010: 476). Estos términos habilitan la consideración de las elites como actores más dinámicos y no como un segmento estanco de una sociedad, que como poseedoras de grandes riquezas, privilegios e influencias son capaces de intervenir en el sistema y el gobierno político de una sociedad dada (Katarý 2009: 263). Más aún, en términos estrictamente relacionales nos encontraremos con la pregunta por su legitimación, lo que nos da cuenta de una posición no estática, sino en continuo proceso de reafirmación. Hacia abajo, aún ejerciendo la explotación, la elite en general era consciente de la necesidad de accionar en función de

³ Es decir, como grupo materialmente diferenciado de otros actores. Elite, en singular, se utilizará para hacer referencia a la posición privilegiada dentro de una estratificación social más general. Mientras que el plural remitirá a la complejidad interna del grupo, en relación a su vez con su interlocutor principal, la realeza faraónica.

garantizar la seguridad social, aportando servicios y reconociendo derechos (O'Connor 1985 [1983]: 244) ⁴. Hacia arriba, debemos considerar cómo se estructuran jerarquías de posiciones y status focalizadas alrededor de la proximidad y la relación con el rey (Frood 2010: 476). Con ello, podemos pensar en los equilibrios entre el faraón y sus “grandes”, que se instauran mediante jerarquías sutiles y un protocolo, que limitan a cada uno su posición, a la vez que habilitan la oportunidad de exhibir (Coulton 2009: 212). En otras palabras, el dinamismo de la relación entre el monarca y las elites viene dado porque este vínculo se basa en la transferencia del poder, en una medida suficiente para controlar (Alonso García 2007: 14). Asimismo, es imperioso señalar que este poder no se reduce sólo a la riqueza material - consistente en lo esencial en tenencia de tierras garantizada en última instancia por el rey (Frood 2010: 478)-, sino que implica también el acceso a un conocimiento restringido vinculado, por ejemplo, a los planos de la escritura y la religión (Baines 1990).

III. La realeza y las elites.

Ingresamos así a un nivel más acotado en el que reflexionamos sobre el modo de relación entre las elites y la monarquía egipcia, al que le pueden caber diferentes alternativas que no pretenden ser excluyentes. Por un lado, cabe reiterar la noción de que la base del poder de la elite egipcia era la posesión de riquezas. A la vez, otro elemento fundamental lo constituye su legitimidad en tal posición, que viene dada por la relación que se establece con el rey (Frood 2010: 478), institución central de la sociedad egipcia (O'Connor y Silverman 1995: XVIII). Este par implica que las elites disponen y controlan recursos materiales, y también simbólicos (Baines y Yoffee 1998: 235), y se convierten en este punto en partícipes de los procesos ideológicos que explican las relaciones sociales, políticas y económicas (Baines y Yoffee 2000: 14) y consiguen presentarlos, junto con la realeza, como legítimos.

⁴ Que en este punto pareciera correrse un poco de una perspectiva más bien inmóvil.

En la medida en que se comparte este acceso diferenciado a los símbolos culturales vigentes y legítimos, cabe preguntarse por la forma en que se hace efectivo ese compartir. ¿Hay formas de retroalimentación entre la monarquía y las elites? ¿Funcionan de modo complementario? ¿Compiten entre sí por el acceso al poder? ¿Se superponen funciones políticas a los miembros secundarios de la realeza, o sólo son cumplidas por la elite? ¿Le permite esto aspirar a otras posiciones?

En principio, conviene señalar que los títulos son la forma básica en que se auto-representa la elite, junto con las afirmaciones de filiación (Frood 2010: 477). Por ejemplo, ya desde la época tinita la jerarquía que se estructura en relación con el rey reconoce un grupo privilegiado, identificado como *p^{ft}*, y a sus miembros, como *iry p^{ft}*, que ocupaban los puestos de mayor responsabilidad e influencia del estado egipcio (Cervelló Autuori 2011 [2009]: 124). De igual manera, el epíteto frecuente *smr w^{ty}*, traducido como “amigo único” (Faulkner 1991 [1962]: 229), “amigo, cortesano” (Gardiner 2007 [1927]: 590), indica la proximidad de su titular con el faraón. En este sentido, y en función del ejemplo ofrecido por las autobiografías del Reino Medio⁶, por ejemplo, que modelan las experiencias de vida de funcionarios que formaron parte de la elite gobernante, es posible pensar que el código se comparte en niveles equilibrados, respondiendo a la habilidad del monarca de controlar la transferencia de poder, mencionada más arriba (Alonso García 2007: 14). De todos modos, la idea de que estos procesos se conceptualicen en términos de equilibrio, nos alerta sobre la posibilidad de ciertos movimientos o des-equilibrios, que pueden transformarse en competencia. Precisamente, debemos atender a la existencia de tensiones, en

⁵ *p^{ft}* suele traducirse como “humanidad, patricios” (Gardiner 2007 [1927]: 565; Faulkner 1991 [1962]: 88). Estos términos son ajenos a la forma de conceptualizar la sociedad egipcia, por lo que debería optarse por hablar de una suerte de “elite estatal parental” o “grupos de parientes reales”, que están vinculados a la nobleza (Cervelló Autuori 2009: 124).

⁶ Por caso, de Uni y Harkhuf en Lichtheim (1973, 18-27).

función de lo permitido y lo limitado, para comprender la dinámica real de esta relación. En particular, vamos a concentrar nuestra mirada en lo que Baines y Yoffee (2010: 16) definen como “elite interna”: un grupo muy reducido de personas -menos del 1% de la población⁷- que constituyen el centro administrativo y ejecutivo de la sociedad, pero que a la vez -lo que es fundamental para nuestro planteo- están profundamente involucradas en los asuntos culturales. Es decir, que se trata de un grupo que porta y transmite los significados centrales de la civilización. Estos significados, que entendemos son compartidos con la institución de la realeza, son los que permitirán el juego de apropiaciones diferenciadas, equilibrios y tensiones que motorizarán el desarrollo histórico del vínculo. En lo que sigue, introduciremos algunas preguntas en relación a cómo se ponen en funcionamiento durante los comienzos de la dinastía XIX.

IV. El nacimiento de la dinastía XIX y la construcción de legitimidad.

Con el objetivo de reflexionar sobre las dinámicas de la dinastía XIX, es necesario en principio retroceder y enfocar el análisis al menos al último faraón de la dinastía XVIII, Horemheb. Su rol como reformador y restaurador lo colocan como el artífice más efectivo para devolver a Amón al lugar que ocupaba previo al episodio amarniano. Se ordenó que el nombre de Atón fuera borrado de inscripciones y monumentos, y se usurparon los de Tutankhamón y Ay para utilizar su nombre allí (Galán 2011 [2009]: 384)⁸. Asimismo, en su famoso *Edicto*, hallado en el Templo de Karnak, se preocupa por restringir los abusos en

⁷ Para Alonso García (2007: 12), durante el Imperio Nuevo un 5% de la población (aproximadamente unas 10.000 personas) constituye la clase dirigente del país. Ninguno de los autores explicita el mecanismo de cálculo de esta proporción.

⁸ Existe discrepancia, sin embargo, en relación al sentido de estas usurpaciones. Murnane (1995: 189) sostiene que Horemheb se cuidó de no dar la falsa impresión de que estaba vinculada con Amenofis III. Sin embargo, Galán (2011 [2009]: 384) señala específicamente lo contrario: Horemheb quería presentarse a sí mismo como el sucesor de Amenofis III.

diferentes ámbitos y establecer regulaciones para juzgados, recompensas y funcionamiento en el palacio (Galán 2011 [2009]: 384)⁹. De este modo, se presenta interesado en devolver orden a la sociedad egipcia, después del trauma (Assmann 2005 [1996]: 279 y ss.) que significó el período encabezado por Akhenatón.

No obstante, es necesario apuntar también al origen de Horemheb para dar cuenta del ascenso al poder de una elite que hasta entonces formaba parte del juego más o menos equilibrado con la monarquía: el Ejército. En su tumba hallada en Menfis (Gardiner 1953a), se lo presenta como un general del ejército dedicado a intervenir en las relaciones con los extranjeros. A su vez, la fuente que se estima reveladora para dar cuenta de su extracción social y su proceso de legitimación es su propia *Inscripción de Coronación* (Gardiner 1953b). En ella, lejos de esconder sus orígenes no regios, afirma que es hijo de Horus de Hutnesu¹⁰, quien lo distingue frente a la gente hasta que llegue el día en que reciba su oficio. Luego describe cómo el rey, aparentemente, lo designó *r-ḥry*, que Gardiner (1953b: 14) traduce como “Jefe Supremo”, e *iry-p^ct* “Príncipe Heredero”¹¹. Horus lo presentará a Amón en la procesión de la fiesta Opet para proceder a coronarlo finalmente como rey¹².

De este modo, observamos que se trata de un personaje no vinculado por sangre como sucesor¹³, que escoge como estrategia de legitimación la filiación con Horus y no con

⁹ Sobre el Edicto de Horemheb, véase por ejemplo Kruchten (1981).

¹⁰ Considerado una manifestación de su ciudad natal (Murnane 1995: 189; van Dijk 2007 [2000]: 384).

¹¹ Así se lo designa también en las inscripciones en su tumba.

¹² En este punto, van Dijk (2007 [2000]: 384) reconoce una semejanza con lo que había sido la coronación de Hatshepsut mediante un oráculo.

¹³ En relación a ello, se sostiene que estuvo casado con la que podría haber sido una hermana de la reina Nefertiti, Mutnedjemet, con lo que se habría ligado entonces a la familia real. De cualquier manera, tal parentesco no está confirmado, y se duda sobre el valor práctico en términos políticos que pudo haber tenido tal unión (Murnane 1995: 188-189; van Dijk 2007 [2000]: 384; Galán 2011 [2009]: 383-384).

Amón, como fue costumbre durante la dinastía XVIII. Por otro lado, sienta un precedente en cuanto a los títulos que se enumeran como *cursus honorum* para constituir la base de acceso al poder. A su vez, es interesante resaltar las actividades de construcción y restauración de cultos que impulsa y que se describen en su *Inscripción*: particularmente, es de destacar la constitución de un cuerpo ordinario sacerdotal¹⁴ compuesto por individuos provenientes del ejército. El mismo Gardiner (1953b: 21) considera este hecho interesante para apuntar lo esencialmente militar del régimen de Horemheb. Resulta llamativo incluso por el hecho de que avanza con sus seguidores sobre otro sector de la elite que había sido fundamental durante toda la dinastía XVIII: los sacerdotes. De igual manera, al disponer para estos nuevos sacerdotes del ejército “campos y rebaños equipados con todos los servicios” (Gardiner 1953b: 16), asegura su sustento y su fidelidad. Efectivamente, se entiende que la transición a la dinastía XIX es una etapa de crisis, resultado del enfrentamiento habido entre las nuevas elites en el poder -condensada en las instituciones del templo de Amón y el ejército- frente al monarca, por el control del país. El desenlace de esta competencia se traduce en la renovación en el interior de la clase dirigente, compuesta por una nueva generación de militares (Alonso García 2007: 10-12).

La contrariedad de Horemheb consistía en su carencia de herederos de sangre¹⁵, por lo cual la sucesión al trono cae en manos de otro individuo de sangre no real, el general del ejército egipcio Paramessu. En vida de Horemheb fue su visir y había sido nombrado *iry-pft* (van Dijk 2007 [2000]: 385; Lull García 2011 [2009]: 389), adquiriendo mucha experiencia de gobierno en función de los títulos que ostenta. Su extracción militar es clara a partir de

¹⁴ No se aclara para qué templo en concreto.

¹⁵ Dodson y Hilton (2005 [2004]: 153) nos advierten que el posible esqueleto de su esposa, Mutnedjemet, es el de una mujer que habría dado a luz en varias ocasiones, e incluso fue enterrada con un feto. De cualquier modo, acompaña la afirmación generalizada de que no se conocen hijos que le sobreviviesen al mismo Horemheb.

su actuación como “Comandante militar en Sile”, que da cuenta asimismo de la importancia y la preocupación por el área (van Dijk 2007 [2000]: 385). Por otro lado, como “Supervisor de los sacerdotes de todos los dioses”, tenía responsabilidad en el control sobre el clero (Murnane 1995: 196).

El ejercicio y el conocimiento sobre el gobierno de Egipto -sumamente valiosos en sí mismos- no vuelven, sin embargo, normales los términos de la sucesión. Se hacen evidentes durante esta dinastía los intentos de acomodar el mito de la realeza a los casos particulares. Lejos de conceptualizar como una vuelta a la normalidad esta primera sucesión, Murnane (1995: 196) nos hace ver el “proceso de acicalamiento” que se produce alrededor de los individuos, como el intento por regularizar lo que todavía era un medio muy irregular de transmitir la corona. Así, la percepción de “normalidad” se construye en general en función de la perspectiva *a posteriori* de los hechos más impresionantes de la dinastía (Murnane 1995: 191).

Además de la experiencia de gobierno, lo que a Horemheb le habría parecido atractivo de Paramessu, para convertirlo en Ramsés I, sería el hecho de que poseía un linaje propio (Kitchen 1990 [1982]: 18), es decir, una familia constituida que a partir de entonces podría ser, nuevamente, la familia real¹⁶. De hecho, el lugar de los hijos del rey en los procesos de sucesión y legitimación, pasará a constituirse como una característica relevante de la dinastía. Si bien la primera referencia que asocia a un hijo del rey con un puesto en el gobierno se produce durante el reinado de Tutmosis I¹⁷, es durante la dinastía XIX

¹⁶ Ésta, mientras Horemheb aún vivía, estaba compuesta por el hijo de Paramessu, Sety (el futuro Seti I). El último había contraído matrimonio con una mujer de su grupo social, Tuya, que había dado a luz a varios niños, entre ellos el futuro Ramsés II.

¹⁷ Se trata de Amenmosi, que era “hijo mayor del rey” y ostentaba el cargo de “General de su padre” (Alonso García 2007: 91, nota 243). Como raras excepciones Dodson (2000 [1995]: 123) también señala al hijo de Tutmosis III, Amenemhat, y al príncipe Tutmosis bajo Amenofis III.

que este fenómeno se refuerza en enunciación y en representación iconográfica. Respecto de esto último, destacan los casos de Seti I y de Ramsés II. El primero nos ofrece la primera representación de un príncipe en un muro en el templo de Abidos: allí se presenta a Seti junto a la conocida lista real, y es su hijo Ramsés el que lee la plegaria a los ancestros (Dodson 2010: 2; Dodson 2000 [1995]:123). Para Dodson (2010: 2), esto constituye la unión intencional entre la nueva dinastía advenediza y el pasado glorioso, no sólo de Seti I sino también a futuro para su hijo Ramsés II. De hecho, es reconocido que ambos promovieron ampliamente el culto a sus padres difuntos, con el objetivo de reforzar su propia legitimidad (Brand 2005: 27).

Ya durante el reinado del mismo Ramsés II, éste promueve a sus hijos iconográficamente en la representación de su campaña a Nubia, inscrita en el templo de Beit el-Wali. Allí se muestran a su hijo mayor Amenhirwenemef y al cuarto Khaemwaset¹⁸ montados en carros de batalla (van Dijk 2007 [2000]: 389; Dodson 2010: 4), y el primero presenta también un tributo a su padre (Dodson 2010: 4). De acuerdo con van Dijk (2007 [2000]: 389), aún cuando se los muestre orgullosos, “por esas fechas no debían ser más que unos mocosos”¹⁹, por lo que la representación es interesante, en tanto nos presenta a los príncipes cumpliendo funciones de carácter real en términos anticipados. Es probable que un importante número de príncipes lo hayan acompañado en sus campañas a Siria (Kitchen 1990 [1982]: 102). Por otro lado, Ramsés II fue elocuente en la exhibición de sus hijos en las llamadas procesiones de hijos reales, presentes en diferentes templos del rey y que incluyen la presencia de hijos e hijas. La promoción de una “familia real” amplia (Dodson 2010: 5-6) puede vincularse con la intención de fortalecer la idea de que la realeza en esta nueva dinastía es hereditaria de nuevo (van Dijk 2007 [2000]: 389).

¹⁸ Khaemwaset C para Dodson y Hilton (2005 [2004]: 171).

¹⁹ De hecho, Kitchen (1990: 103) calcula que Khaemwaset tendría unos 5 años.

Si bien el grupo militar ascendente no desconoce sus orígenes no regios, reconoce la relevancia del vínculo sanguíneo como modo de legitimación de los herederos al trono, y se preocupa por apropiarse de manera óptima de este instrumento. Existe un código común en relación a la importancia otorgada a la familia real como legítima para ocupar el trono, de manera que los individuos en ascenso recuperan esta modalidad, y la presentan en modos renovados con nuevos énfasis, como lo es la representación en imágenes de los hijos del rey.

También en relación con esto, cabe mencionar la representación que hace de sí mismo como príncipe Ramsés II - aparentemente ya durante su reinado- mediante la usurpación de la imagen de un tal Mehy, un “Portador de abanico” que acompañaba a su padre Seti I en sus relieves de Karnak de las guerras contra los libios (Dodson 2000 [1995]: 121; Murnane 1995: 200-203). Si bien no es claro el lugar que Mehy ocupaba en la política de su padre, el acomodamiento de titulaturas y vestimenta que hace Ramsés II expresa un modo de presentarse que se formalizará para sus propios hijos, y que los pone indudablemente en los círculos más altos de oficiales de la corte (Murnane 1995: 203).

Efectivamente, la presencia de los hijos del rey en la corte también es indicada por la portación de títulos de los que hacen gala en diversas inscripciones y representaciones. En esto cabe destacar dos áreas de actuación, que dan cuenta a la vez de las respectivas posiciones y de los vínculos e interacciones requeridos: el ejército y el sacerdocio. En cuanto al primero, se destacaban diferentes funciones, por ejemplo *imy-r mšꜥ wr tpy*, traducido como “Primer Generalísimo de Su Persona” o, abreviado, “Generalísimo”, que suponía el mando supremo de las fuerzas armadas. Existía también el *imy-r mšꜥ*, “General”, y el *imy-r ssmt* “Señor del Caballo”, que se relacionaba con la conducción de las unidades de carros en lugar del de las tropas de caballería (Dodson y Hilton, 2005 [2004]: 22). Amenhirwenemef, que aparecía representado en Beit el-Wali

junto a su padre Ramsés II, fue “Generalísimo”. La misma designación recibieron también Merenptah A y Ramsés B -hijos de Ramsés II e Isetneferet A-, mientras que (P)reherwenemef A -hijo de Ramsés II y Nefertari D- y Mentuhirkopshef A -hijo también de Ramsés II- fueron distinguidos con el título “Señor del Caballo” (Dodson y Hilton 2005 [2004] 170-175).

En relación al sacerdocio, conviene señalar la preocupación por controlar el poder del clero de Amón, por lo que los hijos del rey posicionados en altos cargos religiosos de diferentes cultos apuntaban a este sentido (Alonso García 2007: 56). Durante el período ramésida destacaron los cultos a Ptah y a Ra, cuyos títulos asociados eran *wr ḥpr ḥmwt* “Sumo Sacerdote de Ptah en Menfis”, quien era la autoridad suprema del clero de Ptah; *sm n pth* “Sacerdote-sem de Ptah”, representante del Sumo Sacerdote; y *wr m33w* “Sumo Sacerdote de Ra en Heliópolis”, jefe máximo del clero del dios sol (Dodson y Hilton 2005 [2004]: 42). Ramsés C, nieto de Ramsés II, fue “Sacerdote-sem de Ptah”. El mismo lugar fue ocupado por Khaemwaset C, hijo de Ramsés II e Isetneferet A, quien con posterioridad ascendió a “Sumo Sacerdote de Ptah en Menfis”. Hori A, nieto de Ramsés II e hijo de Khaemwaset C, recibe asimismo este sumo sacerdocio. Por otro lado, el culto a Ra fue representado por Meryatum A, hijo de Ramsés II y Nefertari D (Dodson y Hilton 2005: 170-175). Cabe destacar que en el plano religioso, no son sólo los hijos del rey quienes participan de los más altos cargos, sino también su familia en términos más extendidos, llegando al plano de los nietos.

Aún cuando la visibilidad de los príncipes es fácil de establecer, es un tanto más complejo discernir el rol político que efectivamente cumplían (Murnane 1995: 205). Lo mismo cabe respecto de los puestos militares ocupados y el nivel de experiencia o de mera dignidad que éstos conferían a sus titulares (Dodson y Hilton 2005 [2004]: 22). No obstante esto, se observa que existe en principio una promoción de la participación y presencia de los hijos reales, lo que nos habilita a indagar en el sentido que podrían tener estas acciones. Sobre ello caben

algunas respuestas. Por un lado, nos encontramos con una postura que desestima que se trate de un retorno al monopolio de las altas oficinas de gobierno que se estilaba durante las dinastías más tempranas²⁰: según Murnane (1995: 204-205), la casa real no podía afrontar el distanciamiento de la elite bloqueando sus vías de ascenso. De esta manera, por ejemplo, el cargo de Virrey de Kush era ostentado por individuos no vinculados por sangre a la casa real²¹. Por otro lado, hay quienes consideran que la presencia de títulos y cargos en relación con los hijos del rey demostraba en efecto una pérdida de status y de poder, en la medida en que se recurría a “elementos de prestigio ‘cortesanos’” (Alonso García 2007: 54). Haciendo uso de la comparación con la ausencia de este tipo de representaciones durante la dinastía XVIII, en la medida en que la legitimidad venía dada por la relación filial con el dios, Alonso García sostiene que se trató de una necesidad que de hecho indicaba una pérdida del poder real²². Lejos de esta posición, entendemos que los reyes de la dinastía XIX, por ejemplo en el caso más simbólico y también más consistente de Ramsés II, hicieron uso de diversas estrategias para fortalecer la dinastía, a sabiendas de que su sangre no era real y de que la circunstancia requería un proceso de legitimación específico. En este sentido, se preocuparon por destacar la extracción social de la que

²⁰ Hacia finales de la dinastía IV los hijos del rey fueron excluidos de los cargos más altos, por ejemplo del de Visir (Alonso García 2007: 54). Durante el Reino Antiguo, el parentesco había proporcionado un modelo para las relaciones de poder. El rey, además de ser un padre para su verdadera familia, es un padre para todos aquellos que tienen parentesco real (Baud 1999).

²¹ Conviene señalar el hecho de que la denominación para tal posición era *s3-nsw n kst*, traducida como “Hijo Real de Kush”. Si bien es discutido si los dos primeros funcionarios que ostentaron el título *-tti y dhwtj-* fueron efectivamente hijos del rey, lo cierto es que con posterioridad el vínculo sanguíneo no constituía un requisito para ejercer el cargo. Ver Habachi (1980: col. 630) y Schmitz (1976: 267-ss).

²² Para el caso de los títulos sacerdotales, en cambio, reconoce una intencionalidad política decidida y consciente, con el objetivo de controlar el creciente poder de Amón (Alonso García 2007: 56).

provenían, el Ejército egipcio, y pusieron a esta institución en un lugar relevante, sobre todo considerando también el *impasse* en la expansión del Imperio que había significado el reinado de Akhenatón²³. Así, un gran número de los hijos del rey eran explícitamente asignados a estas funciones, cumpliendo al menos dos propósitos: adquirir experiencia y alimentar/alimentarse el/del prestigio de la institución. De este modo, la familia que ocupaba el trono, hacía uso de elementos provenientes de la élite militar para reforzar su lugar de modo prestigioso, pero también para controlar aquella institución. La fidelidad garantizada por los hijos del rey hacia su padre, ocupando lugares claves en la conducción del ejército, permitiría mantener a la familia en el trono, e inhibir cualquier tipo de aspiración de ese sector en ese sentido. La relación entre la realeza y la élite militar se establece entonces en términos de retroalimentación, al tiempo que de control.

Por otro lado, el vínculo establecido con los cultos pareciera inclinarse más bien hacia la voluntad de intervenir para controlar. A sabiendas de la experiencia en que había terminado la supremacía del culto de Amón, la preocupación de los ramésidas fue por el lado de cohibir esos aumentos desproporcionados de poder. En ese sentido, la designación de hijos en cultos específicos buscaba también diluir y nivelar las respectivas importancias. Asimismo, desde la relación de Horemheb con Horus de Hutnesu, pasando por la relación establecida con el dios Seth²⁴, hasta los cultos a Ptah y Ra, podemos sostener que cada uno de ellos apuntaría también a obtener ciertos beneficios de tales dioses.

²³ Según Redford (1995: 180-181) Akhenatón tenía una reputación alejada de la actividad militar. Inclusive su sucesor, Tutankhamón, lo acusaría de no haber alcanzado éxitos militares en Asia. Cabe mencionar, la posición contraria de van Dijk (2007: 366), que señala la existencia de una campaña para sofocar una rebelión en Nubia y desmiente la imagen pacifista de Akhenatón.

²⁴ Se destaca la construcción del templo para Seth en Avaris, por parte de Seti I. Esta ciudad ganaría importancia durante la dinastía (van Dijk 2007 [2000]: 386).

Sobre la intervención en las esferas religiosa y militar

Conviene aquí detenerse a fin de indicar el hecho de que la posibilidad de intervenir en las instituciones de la elite militar y sacerdotal pareciera haberse habilitado con posterioridad a los primeros reinados de la dinastía, esto es, Ramsés I y Seti I. Esta idea viene dada a partir del señalamiento sobre la existencia de una tensión alrededor del rey entre su posición de adorador de los dioses, y su propia imagen divinizada, poderosa, incluso guerrera; en otras palabras, entre la piedad y la divinidad (Brand 2005: 25-27). En sus inscripciones, Seti I se dedica intensa-mente a resaltar su humildad ante los dioses, su devoción, y sus acciones realizadas en exclusividad para ellos. Brand (2005: 27) afirma que esto se debe a su propia experiencia de vida durante el final de la dinastía XVIII, que le hacía creer necesario mostrar estas cualidades a las deidades.

Una vez reconciliada la relación, fue posible proceder a concretar el imaginario real vinculado con las proezas guerreras y de conquista. Entendemos que esta misma necesidad de conciliación demoró la toma de decisiones por parte de la dinastía en relación a su consolidación respecto de competidores de otros sectores de la elite. Fue imperioso en primera instancia reconstituir el vínculo piadoso con los dioses y asegurar en esos términos la legitimidad, para optar más tarde por otras estrategias. Al mismo tiempo, la misma elite en sus autobiografías del período opta por este discurso. Las biografías de Sa-Mut (TT 409) y de Djehutiemhab (TT 194) se enmarcan en el concepto de piedad personal, y se destaca de ellas que no se describen los logros personales, sino que se proclama la lealtad por el dios. Quedan fuera los recursos de otros tiempos a la mención de la familia, o inclusive la preocupación por la promoción social (Loprieno 1996: 543-544). Por otro lado, cabe pensar si esta opción de la elite habilitó un resquicio para que la familia real en el trono tomara luego los modos previos de representación, esto es, la enunciación de títulos en términos de descripción de una “carrera”. De esta manera, podríamos pensar nuevamente en

términos de retroalimentación entre discursos de las elites y de la realeza, utilizados de acuerdo a las necesidades y posibilidades de la coyuntura política presente.

La designación del “Príncipe Heredero”

Hasta aquí entendemos, entonces, que el vínculo entre monarquía y elites giraría en torno a la retroalimentación y la competencia. De cualquier manera, la monarquía de la dinastía XIX propone también mecanismos novedosos y diferenciados de estas elites para sostener su legitimidad. Nos referimos a la designación en vida del rey de su heredero, mediante la adjudicación del título *r-p^t*, “Príncipe Heredero”, que se aplica exclusivamente a aquél que es reconocido como sucesor al trono (Kaplony 1980: col. 177; Dodson y Hilton 2005 [2004]: 33). Su uso como herramienta legitimadora de un personaje había sido iniciado, como vimos, por Horemheb (Gardiner 1953: 10). Y en efecto, durante la dinastía XIX casi todas las personas que fueron posteriormente faraón ostentaron previamente este título, a saber:

- Paramessu: fue visir de Horemheb, y posteriormente asume al trono como Ramsés I. En dos estatuas de escriba del templo de Karnak (CAIRO JE 44863-4) se registra su designación como *iry p^t m t3 r dr.f* “príncipe heredero de la tierra entera” (Dodson 2010: 1).
- Ramses (A): hijo de Seti I, asume el trono como Ramsés II. Aparece representado como *r p^t* junto a su padre en la Lista Real de Abidos (Dodson y Hilton 2005 [2004]: 173).
- Amenhirkopeshef A: fue el hijo mayor de Ramsés II, y su primer heredero al trono. Es representado junto a su padre en escenas de caza de toros en el templo de Seti I en Abidos (Dodson y Hilton 2005 [2004]: 150).
- Ramses (B): también hijo de Ramsés II, fue su heredero al trono entre los años 25 y 50 de reinado. Está incluido en la inscripción de la batalla de Kadesh (Dodson y Hilton 2005 [2004]: 173).
- Khaemwaset C: hijo de Ramsés II, fue su heredero durante los primeros 50 años de reinado, conviviendo con las otras designaciones (Dodson y Hilton 2005 [2004]: 171).

- Merenptah A: hijo de Ramsés II, heredero al trono a partir del año 55 de reinado. Como tal aparece en monumentos en Karnak, en el Serapeum, en Menfis, Tanis y Atribis (Dodson y Hilton 2005 : 171). Fue regente durante los últimos 10 años de Ramsés II, y posteriormente rey.
- Seti-Merenptah (A): hijo de Merenptah, después Seti II. Fue representado como *r p^t* en estatuas de su padre, en una estela en Gebel el Silsila y en relieves de batalla de Karnak.
- Seti-Merenptah (B): hijo de Seti II, representado junto a su padre en un pequeño templo en Karnak (Dodson 2010: 44, fig. 40).
- Tawosret: esposa de Seti II, corregente durante el reinado de Siptah y posteriormente ella misma reina. Designada como *iry^t p^t m B nb* en una estela de Bilgai (CAIRO JE 43341; Dodson 2010: 96).

Esta enumeración da cuenta de que durante la dinastía XIX el orden en la línea sucesoria era reforzado mediante la nominación previa del rey en sus funciones (Dodson 2010: 88). Si bien la institución de la coregencia para este período es un tema de discusión²⁵, es evidente que la designación formal por parte del faraón en el trono constituye una condición para acceder al mismo de modo legítimo. Se trata de una novedad que se consolida durante la dinastía, demostrando la propia capacidad de la realeza de adoptar usos y adaptarse a ellos y a las circunstancias. Murnane (1995) nos habla explícitamente de la “resiliencia” de la institución durante el período, concepto que se vincula con la capacidad de asumir con flexibilidad situaciones límite y sobreponerse a ellas²⁶. La situación extrema generada por la reforma de Amarna y la posterior carencia de herederos de sangre, permitió al sector militar acceder al trono egipcio. No obstante, esta elite no pudo imponer a la institución sus propias reglas, sino que ésta consiguió mantenerse por encima y elaboró la adaptación a las nuevas circunstancias. De cualquier modo, el conocimiento compartido sobre los modos

²⁵ Ver por ejemplo Seele (1940) para la discusión sobre Ramses II y Seti I. También Murnane (1977: 57-87).

²⁶ De acuerdo con la definición de la Real Academia Española.

de funcionamiento y legitimación, fue lo que permitió también a la elite militar proponer herramientas viables y acomodarse exitosamente en los marcos establecidos.

V. A modo de cierre.

En este artículo nos hemos preocupado por sugerir algunas formas de pensar las relaciones entre la elite y la monarquía durante la dinastía XIX. En ese sentido, hemos considerado particularmente el vínculo de la realeza con la elite militar y la sacerdotal. A su vez, teniendo en cuenta las reflexiones de Baines y Yoffee (2010: 16) sobre la “elite interna”, las hemos pensado formando parte de un conocimiento cultural e ideológico compartido, que les permite interactuar en términos de una cuasi paridad con la monarquía.

De cualquier manera, es innegable el peso y la posición que ocupa la realeza en el entramado social egipcio. Como hemos visto, a pesar de que la dinastía XIX se inicia con el sobresalto dirigido por la elite militar, ésta misma reconoce que existen otros parámetros para establecer legitimidad y actúa en función de ellos. Entonces, la relación monarquía-elites, es una que claramente, en términos ideológicos y culturales, reconoce la prevalencia de la primera. En todo caso, las elites accediendo al poder se preocupan por hacer coincidir progresivamente su extracción social con lo formalmente esperado dentro de la institución del estado. El conocimiento del marco cultural más amplio es algo compartido, aunque favorable al privilegio de la realeza. Pareciera ser una condición conocer los códigos si se quiere irrumpir en la línea de sucesión, ya que con posterioridad las estrategias de legitimación deben acomodarse a ellos.

Hemos intentado pensar en la flexibilidad de los marcos, y al tiempo que se detectan los embates, se hace evidente su permanencia. La relación entre la realeza y las elites, entonces, se nos presenta como sumamente compleja, a la vez que iluminadora sobre los mecanismos de legitimación y permanencia de la primera.

Bibliografía

Alonso García, José Félix (2007), *El poder de las élites: Egipto bajo la dinastía XX*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

Assmann, Jan (2005 [1996]), *Egipto. Historia de un sentido*, Madrid: Abada.

Baines, John (1990), “Restricted Knowledge, Hierarchy, and Decorum: Modern Perceptions and Ancient Institutions”, *Journal of the American Research Center in Egypt* Vol. 27, 1-23.

Baines, John y Yoffee, Norman (1998), “Order, Legitimacy, and Wealth in Ancient Egypt and Mesopotamia”, [en:] Feinman, Gary y Marcus, Joyce (eds.), *Archaic States*, Santa Fe, Nuevo Mexico: School of American Research Press, 199-260.

Baines, John y Yoffee, Norman (2000), “Order, legitimacy, and wealth: setting the terms”, [en:] Richards, Janet y van Buren, Mary (eds.), *Order, legitimacy, and wealth in ancient states*, Cambridge: Cambridge University Press, 13-18.

Baud, Michel (1999), *Famille Royale et pouvoir sous l’Ancien Empire égyptien*, Cairo : Institut Français d’ Archéologie Orientale.

Brand, Peter (2000), “Ideology and Politics of the Early Ramesside Kings (13th Century BC). A Historical Approach” [en:] *Prozesse des Wandels in historischen Spannungsfeldern Nordostafrikas/Westasiens: Akten zum 2. Symposium des SFB 295, Mainz, 15.10.-17.10.2001*, Würzburg: Ergon, 23-38.

Cervelló Autuori, Josep (2011 [2009]), “La aparición del estado y la época tinita”, [en:] Parra, José Miguel (coord.), *El Antiguo Egipto. Sociedad, Economía, Política*, Madrid: Marcial Pons, 69-124.

Coulon, Laurent (2009), “Célébrer l’élite, louer pharaon: éloquence et cérémonial de cour au Nouvel Empire”, [en:] Moreno García, Juan Carlos (ed.), *Élites et pouvoir en Égypte ancienne*, Paris: Université Charles-de-Gaulle, Lille 3, 211-238.

Cruz Uribe, Eugene (1994), “A Model for the Political Structure of the Ancient Egypt”, [en:] Silverman, David (ed.), *For His Ka: Essays Offered in Memory of Klaus Baer*, University of Chicago Press, 49-53.

Dodson, Aidan (2000 [1995]), *Monarchs of the Nile*, Cairo: The American University in Cairo Press.

- Dodson, Aidan** (2010), *Poisoned Legacy. The Fall of the Nineteenth Egyptian Dynasty*, Cairo: The American University in Cairo Press.
- Dodson, Aidan y Hilton, Dyan** (2005 [2004]), *Las familias reales del Antiguo Egipto*, Madrid: Oberon.
- Faulkner, Raymond** (1991 [1962]), *A Concise Dictionary of Middle Egyptian*, Oxford: Griffith Institute. Ashmolean Museum.
- Frood, Elizabeth** (2010), "Social Structure and Daily Life: Pharaonic", [en:] Lloyd, Alan (ed.), *A Companion to Ancient Egypt*, Oxford: Blackwell, 469-490.
- Galán, José Manuel** (2011 [2009]), "El Reino Nuevo I: La construcción del Imperio", [en:] Parra, José Miguel (coord.), *El Antiguo Egipto. Sociedad, Economía, Política*, Madrid: Marcial Pons, 301-388.
- Gardiner, Alan** (1953a), "The Memphite Tomb of General Haremhab", *Journal of Egyptian Archaeology* 39,3-12.
- Gardiner, Alan** (1953b), "The Coronation of King Haremhab", *Journal of Egyptian Archaeology* 39,13-32.
- Gardiner, Alan** (2007 [1927]), *Egyptian Grammar. Being an introduction to the study of hieroglyphs*, Oxford: Griffith Institute. Ashmolean Museum.
- Habachi, Labib** (1980), "Königssohn von Kusch", [en:] Helck, Wolfgang y Otto, Eberhard (eds.) *Lexicon der Ägyptologie. Band III*, Wiesbaden : Otto Harrassowitz, 630-640.
- Kaplony, Peter** (1980), "Iripat", [en:] Helck, Wolfgang y Otto, Eberhard (eds.) *Lexicon der Ägyptologie. Band III*, Wiesbaden: Otto Harrassowitz, 177-180.
- Katary, Sally** (2009), "Distinguishing subclasses in New Kingdom Society on evidence of the Wilbour Papyrus", en Moreno García, Juan Carlos (ed.), *Élites et pouvoir en Égypte ancienne*, París: Université Charles-de-Gaulle – Lille 3, 263-319.
- Kitchen, Kenneth** (1990 [1982]), *Pharaoh Triumphant. The Life and Time of Ramesses II*, Cairo: The American University in Cairo Press.
- Kruchten, Jean-Marie** (1981), *Le Decret D'Horemheb*, Bruselas: Editions de l'Université de Bruxelles.
- Lichtheim, Miriam** (1973), *Ancient Egyptian Literature: Volume I: The Old and Middle Kingdoms*, California: University of California Press.

- Loprieno, Antonio** (1996), "Loyalty to the King, to God, to oneself", [en:] Der Manuelian, Peter (ed.), *Studies in Honor of William Kelly Simpson Vol. II*, Boston: Museum of Fine Arts, 533-552.
- Lull García, José** (2011 [2009]), "El Reino Nuevo II: la época ramésida", [en:] Parra, José Miguel (coord.), *El Antiguo Egipto. Sociedad, Economía, Política*, Madrid: Marcial Pons, 389-424.
- Murnane, William** (1977), *Ancient Egyptian Corregencies*, Chicago: The Oriental Institute of the University of Chicago.
- Murnane, William** (1995), "The Kingship of the Nineteenth Dynasty: a Study in the Resilience of an Institution", [en:] O'Connor, David y Silverman, David (eds.), *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden-Nueva York-Colonia: E. J. Brill, 185-217.
- O'Connor, David** (1985 [1983]), "El Imperio Nuevo y el Tercer Período Intermedio, 1552-664 a. C.", en Trigger, Bruce (ed.), *Historia del Egipto Antiguo*, Barcelona: Crítica, 231-344.
- O'Connor, David y Silverman, David** (1995), "Introduction", [en:] **O'Connor, David y Silverman, David** (eds.), *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden-Nueva York-Colonia: E. J. Brill, XVII-XXVII.
- Redford, Donald** (1995), "The concept of Kingship during the Eighteenth Dynasty", [en:] O'Connor, David y Silverman, David (eds.), *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden-New York : E. J. Brill, 157-184.
- Rice, Michael** 2002 [1999], *Who's Who in Ancient Egypt*, Londres: Routledge.
- Richards, Janet** (2005), *Society and Death in Ancient Egypt. Mortuary Landscapes of the Middle Kingdom*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Schmitz, Bettina** (1976), *Untersuchungen zum Titel s3-nswt "Königsohn"*, Habelts Dissertationsdrucke, Reihe Ägyptologie 2, Bonn : Habelt.
- Seale, Keith** (1940), *The coregency of Ramses II with Seti I and the data of the great hypostyle hall at Karnak*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Van Dijk, Jakobus** (2007 [2000]), "El periodo amárnico y el final del Imperio Nuevo (c.1352-1069 a.C.)", [en:] Shaw, Ian (ed.), *Historia del Antiguo Egipto*, Madrid: La esfera de los libros, 359-410.

Cahiers Caribéens d'Égyptologie n^{os} 19-20 2015

Karine Gadré

*Préalable à l'identification des décans égyptiens :
constitution d'une base de données archéologiques*

Alain Anselin

L'Image comme Echo I. The bestiary and the stars

Oum Ndigi

Il était une fois ...un Jars, un Œuf, et l'Univers

Sebastian Maydana

Of Hippopotami and Hawks.

Some remarks on an Egyptian primeval rivalry

Candelaria Martin del Rio & Alvarez Eduardo Almenara Rosales

The grave goods of Naqada IIIA2.

Analysis of tomb 142 of the Fort Cemetery at Hierakonpolis

Vasileios Chrysikopoulos

Victor Loret and the Collection of the Egyptian Antiquities

of the Museum of the Island of Samos

Hend Sherbiny & Hussein Bassir

A late wooden Hawk statue at Arizona State Museum

Galal Refai

The new symbolic significance to some Egyptian Royal stelae

dating back to the Roman period (II)

Hend Sherbiny

Studies in dendro-egyptology II.

Wood trade routes and wood types and uses in Ancient Egypt

Zeinab Hashesh

The Mummy of Fake King W3h ib r^c

Ibrahim Megahed & Hussein Bassir

The Clay Naos of the Goldsmith Sankhuher in the Egyptian Museum in Cairo

Adel Zine Al-Abidine

Le titre w3b rwy

Alberto Giannese

Conflict-related representations in the 4th millennium Egypt.

A study on ideology of violence (Part I)

Belen Castro

Algunas observaciones sobre la realeza y las elites

en los comienzos del período ramésida

Uroš Matić

Are Bardanians attested in Egyptian sources?



www.culturediff.org